

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO I. VIII

MADRID 13 DE DICIEMBRE DE 1931

NUM. 50



LA DESOBEDIENCIA

LA DESOBEDIENCIA

Ricardo, Rosa, Julia y Emilita, se quedaban a comer en la escuela, porque vivían muy lejos de ella.

El director vivía en la misma casa, así, que podía tenerlos a la vista, y si notaba que iban a hacer alguna travesura, él se lo impedía.

Después que habían comido, salían al jardín, donde se entretenían mucho, cuidando un trozo de terreno que el director les había cedido.

Ricardo hacía de jardinero, y en verdad que tenía muy bien cuidado su pequeño jardín, donde se veían muchas plantas de flores y hortalizas.

Un día no pudieron salir a jugar al jardín, porque hacía mucho frío, pero podían estar en una espaciosa habitación y donde se pusieron a corretear; a Rosa se le desató la bota, y cuando apoyado el pie en un cajón, se estaba atando los cordones, vió entre el cajón, la pared un objeto pequeño y se lo guardó.

—¿A que no sabéis lo que me he encontrado?—dijo a los otros escondiendo el objeto.

Ricardo se miró en todos los bolsillos para ver si le faltaba alguna cosa, y las otras corrieron a mirar en sus bolsas. A ninguno le faltaba nada.

Rosa excitaba la curiosidad de sus compañeros, y se reía viendo el interés que mostraban por saber qué era lo que se había encontrado.

Por fin, viendo que no lo acertaban, y mirando a su alrededor, sacó el objeto encontrado, que no era otra cosa sino una navajita.

Ricardo, al verla, dijo en seguida: Llévasela al director, que ya sabes que no quiere que tengamos navajas, aunque sean pequeñas.

—Bueno—dijo Rosa—pero ahora el director tiene visita, y si vosotros no decís nada, no sabrá que tenemos una navaja; ¡vamos a ver cómo corta!

—Tiene razón Ricardo—dijo Julia—debes entregarla, pues si se entera el director, nos va a castigar.

—¡Qué tontos sois! ¿Cómo lo va a saber? ¡Vaya, vaya, voy a probarla! y cogiendo un lápiz comenzó a sacarle punta. ¡Qué bien corta! Oye Ricardo, tú que has visto grabar a tu papá sabrás hacer algunas letras con la navaja aquí, en este poste de la puerta, anda, a ver si sabes.

Ricardo, vaciló un momento, pero queriendo envanecerse, y pensando que porque sabía dibujar muy bien, podría grabar unas letras en la madera, se determinó y empezó a hacer una R, pero como no estaba acostumbrado a manejar tales instrumentos, al hacer un corte, se dobló la hoja de la navaja, y se hizo una cortadura, lanzando un grito de dolor.

Rosa corriendo se dispuso a vendarle la herida, pero en este momento entró el director que presuroso había acudido al oír el grito.

—¿Qué pasa?—dijo.

Todos guardaron silencio, aturdidos por lo sucedido y por la presencia inesperada del director.

Ricardo ocultaba la mano herida, pero no podía ocultar su semblante de dolor, y a él se dirigió interrogándole, y por fin le confesó lo ocurrido.

El director examinó la herida, le curó,

y se guardó la navaja y se retiró sin decirles nada.

Llegó la hora de clase, y el director reunió a los niños y a las niñas y entre otras cosas les dijo:

—Ya veis a donde conduce la desobediencia. Rosa se queda ocho días sin salir al jardín, y a Ricardo, no le castigo, pues ya le ha castigado la Providencia, pues ya durante muchos días, no podrá utilizar la mano derecha por la herida que se ha hecho.

Ahora mis pequeños lectores, voy a haceros una pregunta. ¿Sois vosotros obedientes? Si contestáis que sí, mostradlo con vuestra obediencia a todos vuestros superiores.



¡SI YO FUERA RICO!...

—

El señor García y la señora de García están sentados cada uno en su butaca, cerca de la chimenea, porque lo que vamos a referir sucede en invierno, como podría suceder en verano.

El señor García es un modesto comerciante que tiene bastante fortuna para vivir con decencia y sin necesidad de pedir nada a nadie, pero no para tirar la casa por la ventana; cosa que quisiéramos fuese hacedera, para que muchos inquilinos pudieran vengarse de los caseros.

Puede permitirse ir de cuando en cuando al teatro, y dar tres o cuatro duros por asistir a un almuerzo y curarse las enfermedades por el sistema homeopático, y algún que otro excesillo.

El señor García no habla una palabra, está entregado a serias meditaciones, cuyo

resultado al cabo de un cuarto de hora es el siguiente monólogo, que luego se convertirá en diálogo, porque como la señora de García es mujer, no es posible que permita que su marido se lo hable todo solo.

—¡Ay!—exclama el señor García levantando los brazos y abriendo la boca,—¡si yo fuera rico! Si yo tuviera, por lo menos, veinte mil duros de renta, ¡qué feliz sería! Entonces dejaría el comercio en pequeña escala, y me dedicaría a hacer productivo mi dinero, pero en grande, de una manera heroica, y sería útil a mis semejantes, y daría de comer a mucha gente, proporcionándole trabajo.

—Compráramos—dice la señora, que si no habla revienta—una posesión en Carabanchel.

—Ya lo creo.

—Iriamos a los baños todos los veranos.

—Por supuesto, nos bañaríamos en todos los mares conocidos y beberíamos de todas las aguas sulfurosas y ferruginosas que hay en el mundo.

—Me compraría el aderezo que vimos ayer.

—No habría mujer en el universo más aderezada que tú.

—Tendríamos coche.

—Y caballos, y cochero y un negro.

—Daríamos convites.

—Todos los días: precisamente tendría yo gusto en que se dijera que en ninguna parte se comía mejor que en mi casa.

—Todos los días salmón y cabeza de jabalí.

—Ante me quedaría yo sin la mía que sin la de ese apreciable animal.—Y enviaría a todos nuestros amigos una invitación

litografiada con las armas que quisiera poner el litógrafo, concebida en estos términos:

«Los señores de García suplican a usted se sirva favorecerlos en la mesa los días que sus ocupaciones se lo permitan.—Se come a las seis y media».

—Y haríamos muchos favores y tendríamos muchos amigos.

—Ya lo creo: mi mayor placer sería prestar dinero a algunos antiguos amigos y compañeros de la infancia, que están hoy los pobres a la cuarta pregunta. Los hombres deben ayudarse y favorecerse mutuamente en el mundo, y nunca se experimenta más placer que cuando se hace un favor a un amigo que lo necesita de veras.

—Y daríamos muchas limosnas a los pobres.

—Los pobres siempre serán bien recibidos en mi casa. La miseria me conmueve profundamente. Cuando en esas noche de invierno encuentro un mendigo desahogado, temblando de frío y desfallecido de hambre, me dan ganas de imitar a San Martín y dividir mi gabán, y mi sombrero y mi chaleco en dos para darle una mitad. Si no lo hago, es por el maldito ¿qué dirán? porque no me atrevo a presentarme en el café con medio gabán, medio sombrero y medio chaleco: serían capaces de reírse de mí y de mi buena acción.

(Concluirá)

EL MAZAPÁN DE TOLEDO

Este clásico dulce es el postre favorito de los españoles en las comidas de las fiestas de Navidad y de Reyes.

No se conoce a punto fijo la época en que comenzó a fabricarse el mazapán toledano, pero se asegura que los habitantes de Toledo durante una escasez de harina, remediaron la falta de este producto con las almedras de sus Cigarrales. La almendra, después de remojarla, fué pelada, machacada y convertida en tortas, justificando el adagio de que «a falta de pan, buenas son tortas.»

El pan así fabricado fué mejorado por monjas expertas en la confección de manjares, quienes les agregaron cierta proporción de azúcar.

Después el mazapán se convirtió en producto de confitería y perdió su forma de torta para adquirir la de anguila.

Puede asegurarse que Toledo fué la cuna y es la fábrica más famosa de este clásico postre español.

Actualmente se usa en su fabricación máquinas de motor eléctrico y todo es moderno, excepto el horno para la cocción, que sigue siendo el mismo.

El confeccionador del mazapán es un obrero inteligente, que, sin termómetro, calcula las calorías para cocer cada una de las labores, que con la mano moldea las anguilas, las empanadillas y otras figuras. También es muy interesante ver a las obreras con la rapidez que transforman el migón cogido del bloque de la masa, sin más herramientas que sus manos, en conejitos, cestas, patos, jarritas, zambombas, etc.

Todavía persiste la vieja forma de anguila, aunque quieren sustituirla con la de canastillas, coronas, escudos y reproducciones escultóricas.